

Crisis mundial y trayectorias de crecimiento sostenible para el mundo en desarrollo

Jayati GHOSH*

Resumen. *A pesar de que se atisba una recuperación del mercado de productos desde hace ya varios meses, el retorno al modelo de crecimiento que se desplomó en 2008-2009 exacerbaría los desequilibrios nacionales y mundiales que causaron la crisis. Saldrían malparados la economía real, el desarrollo equitativo y el empleo, y se volvería a un modelo que es ecológicamente insostenible. Por ello, la autora aboga por la reforma del sistema financiero internacional, las estrategias de desarrollo basadas en la demanda interna y la agricultura viable, las bonificaciones fiscales a las tecnologías respetuosas con el medio ambiente y las políticas sociales redistributivas que reduzcan las desigualdades y sirvan de estabilizadores macroeconómicos durante las recesiones.*

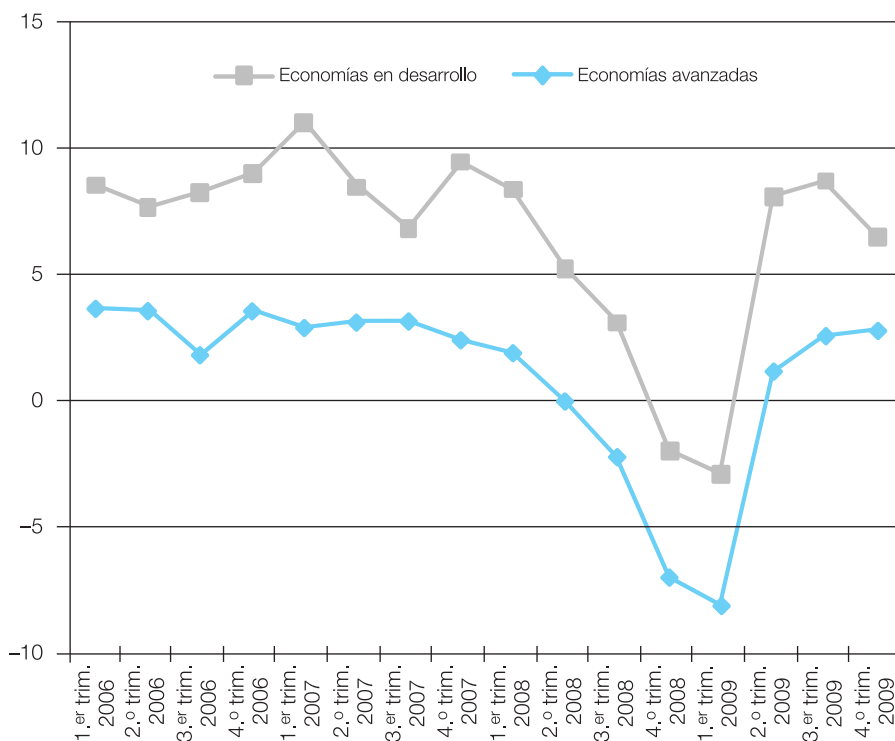
A principios de 2009 cundía el pesimismo respecto de la economía mundial. Todo parecía indicar que se había desatado con furia desmedida la peor crisis financiera desde la Gran Depresión: los mercados de activos en los Estados Unidos y, después, en la mayoría de los países en desarrollo y de las economías emergentes se habían desplomado y se mostraban extremadamente volátiles; el comercio mundial se había desmoronado. Los flujos de capital golondrina empeoraron las cosas aún más si cabe para los países sometidos a una disciplina fiscal impuesta desde el exterior, ya que tuvieron que pagar las consecuencias de una crisis que no habían provocado.

Tan sólo un año después, la situación, en comparación con los años anteriores, parecía haber dado un vuelco radical. Los países en desarrollo (particularmente, los de Asia) eran los primeros en salir de la crisis; muchos de ellos, en vez de caer en la recesión, habían sufrido únicamente una desaceleración del crecimiento. La producción de la economía mundial —incluidos varios de sus factores más importantes— se está recuperando ahora de los descensos en picado de

* Centro de Estudios y Planificación Económicos de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi; dirección electrónica: jayati@mail.jnu.ac.in.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en los artículos sólo incumbe a sus autores, y su publicación en la *Revista Internacional del Trabajo* no significa que la OIT las suscriba.

Gráfico 1. Variación porcentual del PIB (en cifras interanuales trimestre a trimestre)



Fuente: FMI: *Perspectivas de la economía mundial* (actualización de enero de 2010).

finales de 2008 y principios de 2009 (gráfico 1). Las rentas se han recompuerto en los Estados Unidos, el Reino Unido y la zona del euro, especialmente a partir del segundo trimestre de 2009, por lo que se ha declarado acabada la recesión. Se aprecia una tendencia al alza en los mercados de valores, y se han reanudado los flujos de capital privado hacia algunos países en desarrollo (aunque no hacia todos). Ha renacido el optimismo sobre un nuevo crecimiento de la economía mundial en 2010, y se espera que el mundo en desarrollo se recupere con especial celeridad.

La mejoría se debió en gran parte a las medidas de reactivación económica adoptadas al comienzo de la crisis, que, en contra de lo que podría parecer, obedecieron a un impulso coordinado. Los gobiernos de todos los países del mundo respondieron no sólo con planes de salvamento de las entidades financieras en apuros, sino con medidas de estímulo económico para conjurar el peligro de depresión. Muchos observadores se han visto tentados a considerar que la recesión mundial de 2008-2009 fue un mero problema pasajero en la dinámica cíclica de crecimiento constante de la economía mundial.

En realidad, esta conclusión simple nunca fue válida realmente, como lo pusieron de manifiesto las crisis de deuda soberana que estallaron en países

como Dubai y Grecia. Estos sobresaltos surgen de un problema de gran amplitud, ya que hay dos clases de razones por las que dicha dinámica de desarrollo no puede mantenerse de un modo constante y sostenido: la primera es de carácter estructural y la segunda, coyuntural.

Causas y efectos

A nivel estructural, aún no se ha puesto remedio a los tres desequilibrios básicos que causaron la crisis reciente de la economía capitalista internacional: el desequilibrio entre las finanzas y la economía real; los desequilibrios macroeconómicos entre los principales agentes de la economía internacional; y el desequilibrio ecológico que se convertirá necesariamente en un escollo para el crecimiento económico futuro, tanto a causa del cambio climático como por otros problemas derivados del medio ambiente y de la demanda de energía.

Estos problemas estructurales reflejan tanto el antiguo como el nuevo modelo de crecimiento económico en los países desarrollados y en el mundo en desarrollo, un modelo que adolece de diversas limitaciones, paradojas y debilidades. Vamos a analizarlo en la parte siguiente, pero por ahora es importante subrayar que, a menos que se superen estos obstáculos, el crecimiento sostenido de la economía mundial habrá dejado de ser un objetivo posible. Es más, es previsible incluso que la resolución de estos problemas vaya acompañada de crisis graves y tal vez prolongadas en algunos países y regiones del mundo. Estos escollos estructurales guardan relación, a su vez, con otros problemas de índole coyuntural, tales como la persistencia de varias «amenazas» para el crecimiento futuro y, en particular, para la mejora del bienestar de una gran parte de la población mundial, sobre todo de quienes sufren ya una situación de gran precariedad y fragilidad económica.

En primer lugar, los problemas de endeudamiento siguen latentes porque no se les ha hecho frente de un modo idóneo. El estancamiento o declive de los mercados inmobiliarios y las inquietudes que suscita la deuda pública (ya sea la de Dubai o la de Grecia) se ven agravados por las constantes trabas a la conducta «eficiente» y los incentivos para asumir riesgos excesivos que se dan en los mercados financieros. De hecho, el «riesgo moral» es mayor ahora que nunca, porque los planes de rescate de los bancos no han venido acompañados por una reglamentación adecuada (Stiglitz, 2009, y Kregel, 2010). Los mercados de obligaciones estatales de algunos países europeos desarrollados (sobre todo el de Grecia) fueron blanco de ataques especulativos a comienzos del año 2010, por lo que tuvieron que organizarse, una vez más, operaciones masivas de salvamento. El propósito consistió en proteger tanto a los países víctimas de la especulación como a los bancos que habían hecho préstamos irresponsables. La resistencia frente a los «reescalonamientos» de la deuda que obligarían a los bancos a asumir una parte de la responsabilidad de la crisis es signo de dos cosas: la incapacidad de lograr disciplinar al mundo financiero y la tendencia consiguiente a permitir a los agentes financieros que sigan perpetrando sus actos desestabilizadores. Debido a ello, los problemas de los mercados financieros mundiales están lejos de

haber terminado, y es probable que vuelvan a presentarse con mayor crudeza, si cabe, en un futuro inmediato. Se están sintiendo ya en algunas economías capitalistas como las de Grecia e Irlanda y en mercados emergentes como los de Letonia y Estonia, donde se están imponiendo a las poblaciones planes de austeridad con efectos deflacionarios feroces. Y puede ser peor en los países en desarrollo, a muchos de los cuales se les ha alentado incluso a liberalizar su propio mercado financiero pese a que todo indica que la liberalización conlleva fragilidad financiera.

En segundo lugar, esta situación tiene consecuencias directas para algunos mercados mundiales que afectan directamente a la vida de las personas, a saber, los mercados de la alimentación y el combustible. Es ya un secreto a voces que la volatilidad sin tasa de los precios de los alimentos y del crudo, que causó tantos desbarajustes en el período previo al inicio de la crisis —especialmente en los países en desarrollo—, fue el resultado no tanto de la acción de agentes económicos reales como de la intervención de los agentes financieros en dichos mercados (UNCTAD, 2009; Wahl, 2009, y Ghosh, 2010). El problema surgió porque los contratos de futuros sobre productos básicos propiciaron la aparición de especuladores de los índices bursátiles que, sencillamente, apostaron por modificar los precios, contribuyendo así al alza de éstos muy por encima de los niveles realistas que dictaban las leyes de la oferta y la demanda. En torno a 2006, cuando el mercado inmobiliario en los Estados Unidos mostraba los primeros indicios de su ulterior derrumbamiento, las materias primas surgieron como una vía de inversión atractiva para los agentes financieros. A ello contribuyó la desreglamentación financiera que permitió que agentes con un interés puramente especulativo entraran en dichos mercados sin exigirles la propiedad física de ninguna materia prima. Es el caso de la Ley de Modernización de los Mercados de Futuros de Materias Primas, de 2000, que liberalizó efectivamente este mercado en los Estados Unidos al exonerar a las transacciones extrabursátiles de materias primas —las que no se cotizan en los mercados oficiales— de la supervisión de la Comisión del Comercio de Futuros (CFTC). Esta norma autorizó a todos los inversores —incluidos los fondos de inversión especulativos, los fondos de pensiones y los bancos de inversión— a que comerciaran con contratos de futuros sin imponerles ningún límite, ni exigencia de información, ni supervisión oficial. De acuerdo con el Banco de Pagos Internacionales, el valor de los importes en circulación de derivados extrabursátiles de materias primas distintas del oro y los metales preciosos aumentó de 5,85 billones de dólares estadounidenses en junio de 2006 a 7,05 billones de dólares en junio de 2007, y a nada menos que 12,39 billones de dólares en junio de 2008 (BPI, 2009, cuadro 22A, pág. A106). Ello generó una burbuja en los mercados de futuros que se trasladó también a los mercados de productos al contado.

Los precios de los productos básicos empezaron a descender a mediados de 2008, según se retiraban los inversores que especulaban con los índices, y el problema se agravó por la recesión mundial. La caída resultó ser pasajera, ya que los precios empezaron a remontar de nuevo a partir de los primeros meses de 2009, incluso antes de que hubiera indicios reales de un repunte de la produc-

ción mundial. El aumento promedio de los precios de todos los artículos de alimentación calculado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) fue del 22 por ciento entre abril de 2009 y enero de 2010¹. Una vez más, este aumento no guarda relación con el juego de fuerzas de la economía real: en líneas generales, se mantiene el equilibrio entre la oferta y la demanda mundiales de la mayoría de los productos básicos. Al igual que en el pasado, esta alza de los precios se debe a una intensificación de la actividad especulativa en los mercados de futuros de productos básicos. Estas fuerzas están de nuevo al acecho a medida que se afianza la recuperación económica. Dado que los mercados de futuros de productos básicos siguen sin regularse y que la mayor parte de estas transacciones son extrabursátiles y no se atienen a norma alguna sobre los márgenes de beneficio, no se han disipado los riesgos que entraña la volatilidad. La especulación con productos básicos ha sido alentada todavía más por el inmenso «riesgo moral» que han causado los planes de salvamento financiero, ya que han azuzado el apetito de los mercados por las conductas arriesgadas.

Es evidente que esto no es una buena señal para la mayor parte de los ciudadanos de los países en desarrollo, ya que la transmisión de los precios en los mercados internacionales tiende a ser más rápida cuando los precios aumentan que cuando bajan (Ghosh, 2010). En realidad, los precios de los alimentos en la mayoría de estos países son por lo general más elevados a principios de 2010 que dos años antes (FAO, 2010); y han aumentado a un ritmo mucho más veloz que los salarios nominales (que se mantienen, en su mayor parte, estancados). Por supuesto, la vía más directa para la inflación de los precios de los alimentos es el comercio. Así pues, los países que cubren una buena parte de sus necesidades alimenticias mediante el suministro interno han sufrido menos la volatilidad que aquellos otros cuyo consumo de alimentos depende, en un porcentaje considerable, de las importaciones. Es el caso de China, donde, en líneas generales, los precios del arroz se mantuvieron estables durante el período de volatilidad extrema de los precios mundiales de este alimento (*ibíd.*, 2009). Pero incluso en los susodichos países, los precios de los alimentos han subido muy por encima de la tasa general de inflación. Además, la crisis mundial ha restringido la capacidad de muchos países en desarrollo para importar más alimentos (debido a la caída de las exportaciones y la reversión de los flujos de capital) y para aumentar su gasto público a fin de garantizar la distribución de alimentos a las personas con menos recursos. Esta situación se ve agravada en muchos países en desarrollo por los vaivenes de los tipos de cambio, que encarecen mucho sus importaciones —alimentos incluidos— en moneda nacional.

Así pues, los países en desarrollo se encuentran atrapados en la pinza que forman, por una parte, la inestabilidad de los precios mundiales y, por otra, una hacienda pública debilitada. La volatilidad de los precios y los nuevos márgenes comerciales se traducen en que los beneficios resultantes del incremento de los

¹ Véase la página: <<http://www.fao.org/worldfoodsituation/FoodPricesIndex/en/>> [consultada el 18 de mayo de 2010].

precios no llegan generalmente a los verdaderos productores, aun cuando los consumidores —que sufren ya por el estancamiento de los salarios y la bajada del índice de empleo— padezcan precios más altos. Los nuevos aumentos de precio de los alimentos tendrán probablemente efectos devastadores en los medios de vida de las poblaciones indefensas, causando más hambre y malnutrición (Chhibber, Ghosh y Palanivel, 2009). La FAO estima que 32 países atraviesan una situación de emergencia en la esfera de la alimentación en febrero de 2010 y que muchos otros sufren crisis moderadas.

En tercer lugar, la estabilización progresiva de los equilibrios macroeconómicos a nivel mundial —algo que deberá ocurrir necesariamente— pondrá de manifiesto que los Estados Unidos no pueden seguir siendo el motor del crecimiento de la economía mundial. Por tanto, el resto de países deben encontrar fuentes alternativas de crecimiento, ya sea modificando su demanda interna (preferiblemente mediante el robustecimiento de los salarios) o diversificando sus exportaciones. Hay algunos indicios de que la situación evoluciona de este modo, pero ni mucho menos en la medida en que sería deseable. Estimular la acumulación de más burbujas en sectores de productos no comerciables internacionalmente como los bienes raíces y los valores bursátiles, confiando en que así se genere más crecimiento económico real, no es una alternativa viable. No obstante, es la dirección que han tomado la mayoría de las medidas adoptadas al respecto. Sin una reestructuración significativa de la demanda global a favor de las extensas capas de la población mundial que siguen sin tener cubiertas sus necesidades básicas, el crecimiento de la economía mundial no sólo será más desigual, sino que, sencillamente, perderá la vitalidad.

En cuarto lugar, esta reorientación del crecimiento económico global ha sido, por desgracia, entorpecida por el carácter procíclico de las medidas de ajuste impuestas a las economías en desarrollo y en transición más azotadas por la crisis. El Fondo Monetario Internacional (FMI), a pesar de todas sus declaraciones en sentido contrario, no ha dejado de imponer condiciones estrictas a la mayoría de los países que solicitaban ayuda de emergencia, mientras que a otros les ha obligado a adoptar políticas deflacionarias mediante la combinación de una disminución de las exportaciones y una reversión de los flujos de capital. En el Pakistán, Hungría y Ucrania, por ejemplo, el FMI ha condicionado su ayuda a la reducción del déficit presupuestario con medidas como el descenso del gasto público, la desaparición paulatina de los subsidios al consumo de energía, el aumento de las tarifas eléctricas, la congelación de los salarios en el sector público, la limitación de las pensiones y el aplazamiento de algunas prestaciones sociales. Abogando por una política monetaria centrada en la lucha contra la inflación, el FMI ha propuesto con insistencia a Letonia, Islandia, Pakistán y otros países que eleven sus tipos de interés, aunque se encuentren en una tesitura de recesión económica (Third World Network, 2009).

Esta medida reduce el potencial de las economías afectadas para crecer en el corto y en el largo plazo. Incluso en los países en desarrollo donde el impacto de la crisis global fue menos demoledor, se alteraron los equilibrios presupuestarios debido, en un primer momento, al incremento de los precios del crudo y

los alimentos (en los países importadores) y, posteriormente, al efecto de la recesión en los ingresos tributarios. Habida cuenta de que las respuestas políticas se han encaminado, en su mayor parte, a impedir el hundimiento de las entidades financieras, los Estados han destinado proporcionalmente más recursos a los planes de salvamento y los incentivos monetarios y fiscales a las empresas que a mantener los servicios públicos o fomentar el empleo, lo que, en algunos países, ha tenido consecuencias adversas en los indicadores sociolaborales. Tanto es así que puede decirse ya que esta crisis es responsable de un descenso o, incluso, un retroceso en la reducción de la pobreza, especialmente en los países en desarrollo, donde se estima que entre 73 y 100 millones más de personas vivirán en la pobreza que las que habría habido si se hubiese mantenido la tasa de crecimiento anterior a la crisis (Naciones Unidas, 2010).

En quinto lugar, tanto la naturaleza del auge económico de los años anteriores como los efectos de la crisis actual indican que, por distintas razones, la demanda de consumo —sobre todo, la impulsada por los ingresos salariales (definidos en términos generales)— seguirá probablemente débil durante algún tiempo, lo cual impedirá una recuperación más equilibrada. Sabemos actualmente a ciencia cierta cuáles son las restricciones al crecimiento del consumo en los Estados Unidos y en Europa: tanto el sector público como el sector privado tienen un nivel de deuda elevadísimo con respecto al PIB, por lo que ya se han puesto en marcha, o lo harán probablemente muy pronto, los mecanismos para corregir estos desequilibrios. En los Estados Unidos, donde el auge del consumo privado sobre la base del endeudamiento fue más intenso, ha empezado a repuntar ya la tasa de ahorro de las familias desde los niveles mínimos en los que se encontraba (Papadimitriou, Hansen y Zezza, 2009), y en Europa se ha iniciado un proceso similar. Era de esperar que el aumento del gasto público contrarrestara en cierto modo la inevitable recomposición de los balances de las empresas, y esto es lo que ha sucedido realmente a lo largo del año pasado. Sin embargo, no se ha hecho esperar una reacción política inmediata en contra del gasto estatal «excesivo» —aun cuando ésta tiene escasa validez dentro de un marco macroeconómico keynesiano—, lo cual parece haber menoscabado la capacidad y la voluntad de los gobiernos de las economías desarrolladas para afrontar gastos de mayor envergadura y conjurar el peligro de una posible recesión. Por tanto, una retirada prematura de las medidas de estímulo conlleva peligros muy graves (como se ha señalado también en IIEL, 2009).

Esta perspectiva no es nada halagüeña porque, a pesar de la relajación de los mercados mundiales, la orientación económica de los países en desarrollo con más recursos sigue siendo la del crecimiento basado en las exportaciones. Debido a esta orientación, el índice de consumo interno de estos países ha registrado —y sigue registrando— niveles relativamente bajos. En los países en desarrollo «prósperos», la ausencia de una demanda masiva fue un factor clave para propiciar el crecimiento basado en las exportaciones, tanto porque iba acompañada por salarios bajos como porque dejaba amplios márgenes de la producción para exportar. Ahora bien, influyó decisivamente al impedir que se lograse un crecimiento más equilibrado basado en el desarrollo de los mercados

nacional o regional; este factor ahondó de modo considerable los desajustes que caracterizaron el auge económico de los años previos a la crisis.

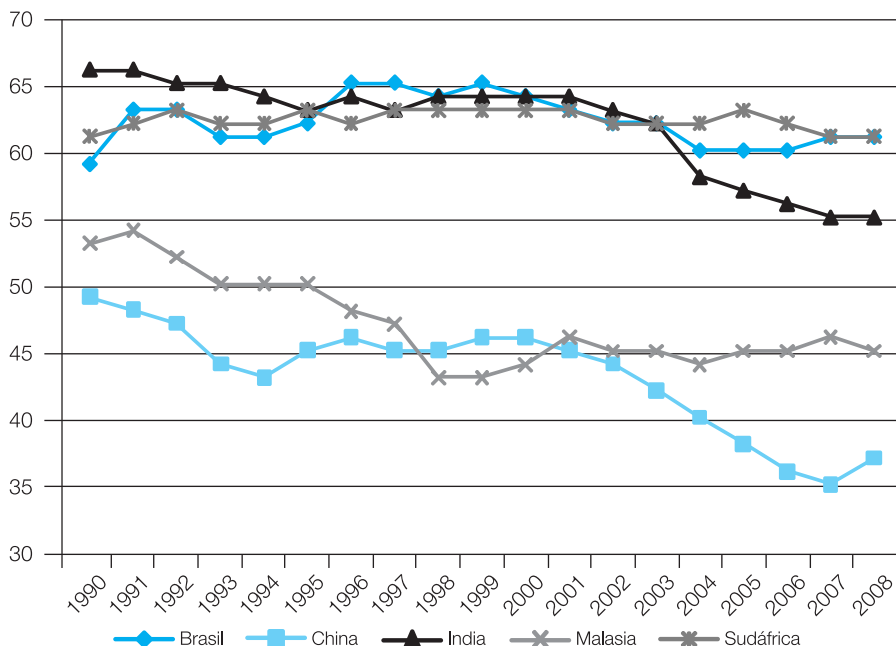
La naturaleza del auge económico previo a la crisis

El auge económico mundial que precedió a la crisis presentaba numerosas anomalías. No sólo resultó ser insostenible —al basarse en prácticas especulativas promovidas y permitidas por la desreglamentación financiera—, sino que se apoyó de manera irresponsable en el uso de recursos naturales hasta el punto de causar muchos problemas ecológicos y medioambientales, especialmente en los países en desarrollo. Además, la mayor parte de la población de estos países —incluso en los de más dinamismo económico de Asia— no salió ganando realmente de esta prosperidad, porque los beneficios que produjo fueron distribuidos de modo muy desigual.

La burbuja financiera estadounidense atrajo ahorros de todas partes del mundo, entre otros, de los países en desarrollo más pobres. Durante al menos cinco años hubo una transferencia global de recursos financieros de los países del Sur a los del Norte (BPI, 2008). Los gobiernos de los países en desarrollo abrieron sus mercados al comercio y las finanzas, abandonaron la política monetaria y aplicaron políticas deflacionarias «fiscalmente correctas» con las que redujeron el gasto público. A raíz de ello, hubo proyectos de desarrollo que no se acabaron, y se privó a los ciudadanos de sus derechos socioeconómicos más esenciales. Pese a lo que pudiera pensarse generalmente, no hubo puestos de trabajo que pasaran del Norte al Sur, hasta el punto de que el empleo en la industria de los países del Sur apenas creció durante la última década, ni siquiera en China, «la fábrica del mundo»². Por el contrario, la transformación tecnológica del sector manufacturero y los nuevos servicios creados hicieron posible lograr mayor productividad con menos trabajadores. Muchos puestos de trabajo en los países del Sur se perdieron o se convirtieron en precarios, y la mayoría de los empleos nuevos siguieron siendo inestables y mal pagados, incluso en países que crecían rápidamente como China e India (Patnaik, 2009). La crisis agraria pertinaz que padecían los países en desarrollo privó a los campesinos de su sustento y generó problemas de alimentación a escala mundial. Por muchas alabanzas que suscitase la bonanza económica de los mercados emergentes, ésta dejaba de lado a la mayor parte de la población, que veía cómo se disparaban los beneficios pero descendía en picado el porcentaje de la renta nacional destinado a los salarios. El aumento real de los salarios quedó en la mayoría de los países muy a la zaga de los progresos de la productividad del trabajo durante el período 1990-2006, y la proporción de los salarios dentro del PIB descendió en todas las

² Conviene observar que, entre 1997 y 2004, el empleo en el sector manufacturero de China estuvo estancado en términos absolutos, a pesar del rápido aumento de la producción manufacturera que hubo durante el mismo período (Chandrasekhar y Ghosh, 2006). Ello se debió a la transformación tecnológica, que fue aparejada de rápidos avances de la productividad del trabajo. Pese a que, posteriormente, creció el empleo en el sector, lo hizo a un ritmo muy inferior al de la producción (China, 2009).

Gráfico 2. Porcentaje del gasto de consumo de los hogares en el PIB



Nota: Los porcentajes se calculan según los precios corrientes tanto del consumo como del PIB.

Fuente: División de Estadística de las Naciones Unidas. Base de datos sobre las cuentas nacionales. Se encuentra en la página: <<http://unstats.un.org/unsd/snaama/Introduction.asp>> [consultada el 10 de marzo de 2010].

grandes regiones del mundo durante las dos décadas comprendidas entre 1985 y 2005 (IIEL, 2008).

Casi todos los países en desarrollo han adoptado un modelo de crecimiento basado en las exportaciones, lo cual exige contener los costes salariales y el consumo interno en aras de una mayor competitividad internacional y de la lucha por ganar espacio en los mercados mundiales. Como se muestra en el gráfico 2, el porcentaje del gasto de consumo de los hogares en el PIB ha descendido desde 1990 en varias de las economías en desarrollo más boyantes; en algún caso lo ha hecho de manera considerable, debido a la estrategia de restringir el mercado interno para impulsar las exportaciones.

Esta estrategia condujo en muchos países en desarrollo a una peculiar combinación de aumento de la tasa de ahorro y descenso de la tasa de inversión. En la República de Corea y Malasia, por ejemplo, la tasa de inversión descendió en picado del 42 al 21 por ciento del PIB entre 1998 y 2006, mientras que la tasa de ahorro, ya entonces bastante elevada, subió hasta alcanzar niveles por encima del 40 por ciento (Ghosh, 2009). Y podría decirse más o menos lo mismo de muchos otros países en desarrollo. Estas circunstancias propiciaron, a su vez, una acumulación de las reservas internacionales, que serían invertidas posteriormente en lo que parecían ser activos seguros en el extranjero. A ello se debe que el auge

económico previo a la crisis consistiera, en conjunto, en que los países del Sur costeaban el gasto de los del Norte: mediante exportaciones de bienes y servicios más baratos; mediante flujos netos de capital desde los países en desarrollo a, en particular, los Estados Unidos, y mediante los flujos de fuerza de trabajo barata que brindaba la migración a corto plazo. El hundimiento de los mercados de exportación dejó a todo el proceso en un repentino punto muerto, si bien es cierto que esta estrategia habría sido inviable a partir de un cierto momento, máxime cuando había un número relativamente elevado de economías que trataban de aplicarla al mismo tiempo. En realidad, esta estrategia no sirvió sólo como fórmula para ahondar las desigualdades en todo el mundo, sino que sembró las semillas de su propia destrucción al promover presiones bajistas sobre los precios debido a la intensificación de la competencia y a las reacciones proteccionistas que surgieron en los países del Norte.

Durante el período de auge económico, la demanda interna tendía a regirse por la expectativa de ganancias, basada en márgenes crecientes de beneficio e incrementos significativos de los ingresos y del consumo de las nuevas clases medias «globalizadas», lo cual propició inversiones alcistas en algunos sectores no comerciables —por ejemplo, activos financieros y bienes raíces— y en bienes y servicios de lujo. Ello permitió que las economías siguieran creciendo aun cuando la agricultura estaba en crisis y la creación de empleo no alcanzaba el nivel deseable.

A tenor de los patrones de producción y consumo que surgieron durante este período, el crecimiento llevaba aparejada una explotación depredadora y, en última instancia, destructiva del medio ambiente. Los problemas que acarrean dichos patrones —en términos de acumulación excesiva, contaminación ambiental y degradación ecológica— se están dejando sentir ya en la mayoría de las sociedades en desarrollo, por no mencionar sus repercusiones en los factores que impulsan el cambio climático. Por otra parte, han empezado a imponerse, del modo más injusto, restricciones ecológicas que coartan el crecimiento en todas las regiones y pueblos que menos se han beneficiado de la expansión general de las rentas.

Además, este patrón de crecimiento va acompañado de otros efectos negativos. En varios países en desarrollo ha dado lugar a una fuga de cerebros que ha dañado la innovación y el avance de la productividad. La estructura de incentivos sesgados forjada por el crecimiento exponencial del mercado financiero orienta a los jóvenes con más talento hacia profesiones que les prometen una rentabilidad rápida y ganancias pingües, en lugar de hacia la investigación científica de base, socialmente necesaria pero que exige un mayor esfuerzo. La reubicación de determinadas industrias y la consiguiente demanda local de fuerza de trabajo cualificada o semicualificada favorece las oportunidades de los trabajadores bien formados, pero alienta a los jóvenes brillantes a realizar trabajos meramente mecánicos que no requieren mucha originalidad o creatividad y les dan pocas ocasiones de cultivar sus aptitudes intelectuales. Al mismo tiempo, no se remuneran del modo debido algunas actividades fundamentales e indispensables para el funcionamiento de la economía. La agricultura, en particular, se convierte en una ocupación cada vez más arriesgada y sujeta a una inestabilidad creciente y al pe-

ligro de inviabilidad económica. Incluso se ve comprometida la tarea imprescindible de producir alimentos en muchos países donde se han socavado los medios de subsistencia de los campesinos. Mientras tanto, hasta en las economías de Asia que crecen con más celeridad, el empleo no agrícola aumenta a un ritmo insuficiente para absorber el agrandamiento de la mano de obra (IIEL, 2008).

En resumen, puede decirse que el auge de la economía mundial no fue estable ni integró por igual a todos los países ni a los estratos de población de cada país. Por desgracia, la crisis actual ha sido, hasta el momento, mucho más incluyente.

El impacto de la crisis

Si bien es cierto que las crisis financieras no son un fenómeno desconocido para los países en desarrollo, ésta ha sido la primera ocasión en que las turbulencias surgidas en los mercados financieros del Norte se han propagado a casi todos ellos. La crisis asiática de 1997-1998 ya había dejado claro el hecho de que la liberalización financiera podía desencadenar una convulsión hasta en las llamadas «economías milagrosas», cuyos ritmos y modelos de crecimiento del PIB eran considerablemente mejores que los del resto del mundo.

La experiencia posterior demostró que las convulsiones en los mercados de divisas y en los financieros tienen efectos devastadores en la economía real. Incluso cuando las crisis son esencialmente financieras por su origen y su desarrollo, sus repercusiones no se circunscriben, por desgracia, al ámbito de las finanzas. Como consecuencia del desplome de la liquidez y la ola de quiebras bancarias se produjo una deflación grave, de la que se derivaron consecuencias para el empleo y el nivel de vida. La adopción posterior de medidas de estabilización procíclicas (promovidas casi siempre por el FMI), como las que se tomaron en Tailandia e Indonesia después de la crisis financiera asiática, puede empeorar las cosas al añadir medidas políticas contractivas a una situación de deflación de los activos financieros, lo cual acelera el desmoronamiento de la producción y el empleo. Tras las turbulencias ocurridas durante los años noventa y los primeros años de la década de 2000, los gobiernos de los países en desarrollo estaban tan sensibilizados ante la posibilidad de que sobrevinieran nuevas convulsiones que adoptaron políticas macroeconómicas muy restrictivas y redujeron el gasto público incluso en ámbitos cruciales para la sociedad. Allí donde las medidas adoptadas tras la crisis iban acompañadas de una liberalización constante del mercado financiero y escasas posibilidades de crédito para los pequeños prestamistas, debilitaban la inclusión de éstos en los mercados financieros y agravaban la fragilidad de los mismos, un hecho que ha quedado patente en países como Indonesia (Ghosh y Chandrasekhar, 2009).

La experiencia acumulada a lo largo de las crisis previas había propiciado en algunos países actuaciones más prudentes y ponderadas de reforma del sector bancario y financiero que evitaron las repercusiones financieras sumamente adversas —aludimos en particular a China e India—, lo cual contribuyó, asimismo, a que la región de Asia y el Pacífico se recuperase con rapidez de la crisis de 2008-2009.

El impacto de esta última crisis en la economía productiva se ha dejado sentir principalmente en el mercado de trabajo. Es aquí donde las consecuencias siguen siendo graves y generalizadas, puesto que la abrupta caída del empleo en los ramos dedicados a la exportación ha tenido un efecto multiplicador adverso en otras partes de la economía; han sido notables sus repercusiones en la esfera de la protección social y en la degradación de los índices de desarrollo humano (Chhibber, Ghosh y Palanivel, 2009, y Green, King y Miller-Dawkins, 2010).

Por supuesto, el empleo tiende a recuperarse a un ritmo más lento y en menor medida que la producción, tanto durante el ciclo económico regular como, según indica la experiencia, en medio de las secuelas de una convulsión financiera (Reinhart y Rogoff, 2008). En este sentido, todo indica que la demora en la recuperación del empleo es un hecho normal que no debería preocuparnos en exceso. Sin embargo, esta crisis ha venido precedida de un auge económico en el que, a pesar del progreso rápido de la actividad económica, el empleo —especialmente en la economía formal— no ha avanzado en la misma proporción. A raíz de ello, los mercados de trabajo de todo el mundo se han venido caracterizando cada vez más por la contratación eventual y atípica y por la difusión de formas precarias de trabajo por cuenta propia, en vez de por «el trabajo decente». En otras palabras, no sólo el auge económico no logró crear suficiente empleo productivo, sino que la crisis ha reducido gravemente unos niveles de empleo que ya eran insuficientes en todo el mundo.

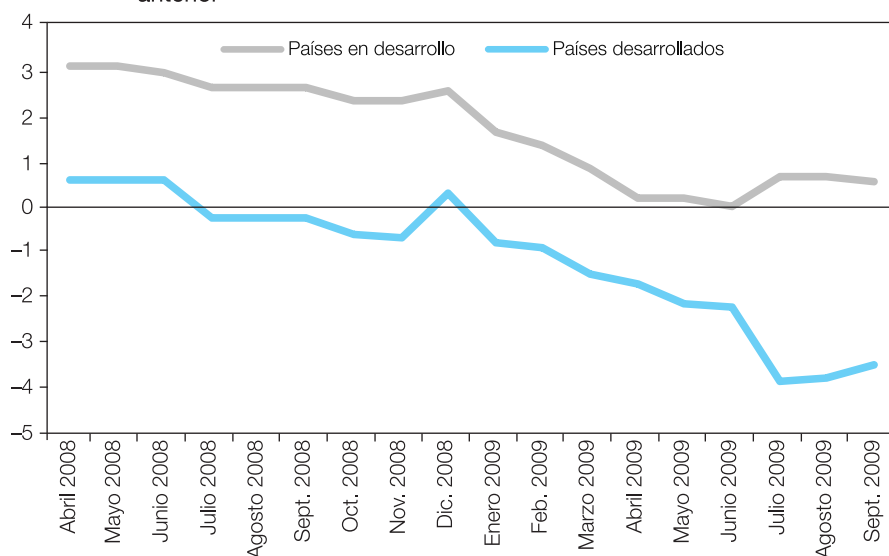
El hundimiento del empleo a medida que se desataba la crisis es evidente en el gráfico 3, donde se muestran las variaciones porcentuales de la ocupación total en los países desarrollados y en los países en desarrollo: salta a la vista que el desplome del empleo fue mayor en los países desarrollados³.

Cabría interpretar la leve recuperación del empleo registrada durante los últimos meses en los países en desarrollo como un signo de que lo peor ha pasado para ellos, incluso en la lucha contra el desempleo. Sin embargo, la situación no es exactamente así. El trabajo asalariado en las actividades no agrícolas siguió derrumbándose en el curso del año 2009 (gráfico 4). Así pues, es probable que la aparente recuperación del empleo total en el mundo en desarrollo se haya producido a través de varios tipos de trabajo por cuenta propia, lo cual es un indicio de la falta de seguridad social y de protección contra el desempleo en la mayoría de estos países. En efecto, cuando carece de ventajas sociales seguir en el desempleo declarado, es muy probable que lo normal sea pasarse al subempleo en alguna actividad de trabajo por cuenta propia.

Por lo que se refiere al empleo en ocupaciones no agrícolas, el descenso más pronunciado reciente se ha registrado en la industria manufacturera; y lo más significativo de este fenómeno es que la tendencia descendente no haya variado, aun cuando la producción en el conjunto de los países en desarrollo sube con bastante rapidez desde marzo de 2009. Este dato nos indica que incluso en la industria manufacturera —y, sin duda, en el sector de los servicios— el trabajo

³ Los datos que presentamos en los gráficos 3 y 4 deben interpretarse con cierta cautela, ya que sólo abarcan aquellos países de los que disponemos de estadísticas recientes y podrían sufrir variaciones una vez que contemos con las estadísticas completas.

Gráfico 3. Variación porcentual del empleo respecto del mismo período del año anterior



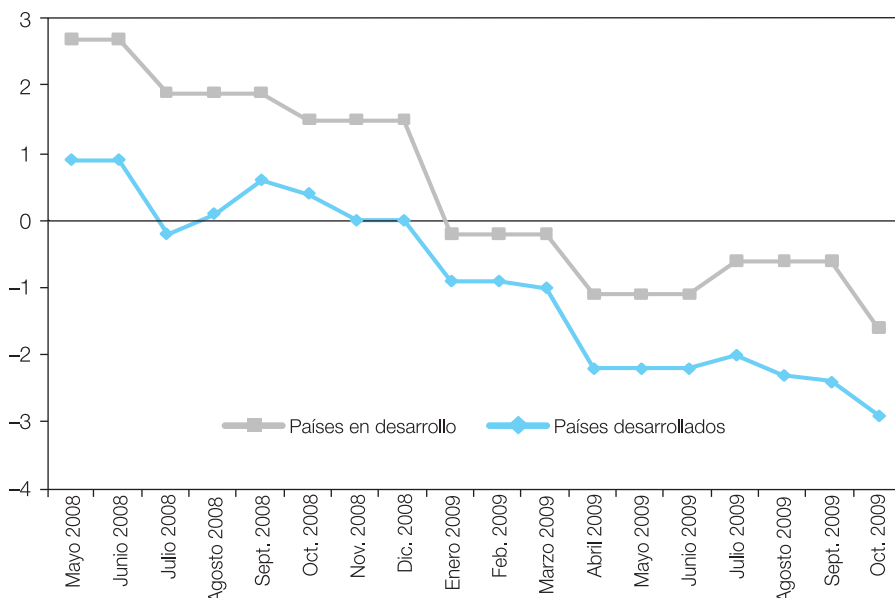
Fuente: OIT: *Global Employment Trends, Monthly Information Bulletin*, enero de 2010. Las cifras se encuentran también en el Observatorio de la OIT sobre la Crisis Mundial del Empleo: <<http://www.ilo.org/pls/apex/f?p=109:11:0>> [página consultada el 18 de mayo de 2010].

autónomo ha sido la única vía «boyante» de creación de puestos de trabajo desde que estalló la crisis. La tasa de trabajo por cuenta propia en la industria manufacturera es cada vez más un índice del trabajo a domicilio en unas cadenas de producción complejas y, a menudo, mundiales. De este modo, ante la reducción de la demanda se genera más subempleo (trabajo por cuenta propia) que desempleo declarado.

Otro aspecto de las mismas tendencias aparece en las tasas de desempleo declarado: en agosto de 2009 eran aproximadamente un 40 por ciento mayores que el año anterior en los países desarrollados, y sólo alrededor del 10 por ciento más elevadas en los países en desarrollo (OIT, 2010). Por las razones ya mencionadas, el desempleo declarado no es casi nunca una opción realista para los ciudadanos de los países en desarrollo que no cuentan con un régimen de seguro de desempleo que funcione bien ni con otra protección cuando pierden su trabajo. Como consecuencia de ello, muchas personas cesantes, así como las que se incorporan al mercado laboral, no tienen otra alternativa al empleo asalariado que realizar alguna actividad económica por cuenta propia. Así se explican las fluctuaciones de la tasa de desempleo declarado. No obstante, la rápida expansión del trabajo por cuenta propia, a menudo muy mal remunerado y precario, es esencialmente una salida ante la escasez de oportunidades de encontrar un puesto asalariado.

Todo ello indica que las consecuencias más drásticas de la crisis para la mayoría de las personas del mundo —el empeoramiento del mercado laboral, la

Gráfico 4. Variación porcentual del empleo no agrícola respecto del mismo período del año anterior



Fuente: OIT: *Global Employment Trends, Monthly Information Bulletin*, enero de 2010. Las cifras se encuentran también en el Observatorio de la OIT sobre la Crisis Mundial del Empleo: <<http://www.ilo.org/pls/apex/f?p=109:11:0>> [página consultada el 18 de mayo de 2010].

agravación del riesgo de desempleo y la merma de los ingresos del trabajo— siguen siendo tan graves como siempre. Si no se adoptan medidas políticas efectivas, en particular, para poner coto al desempleo —lo que, a su vez, exigiría imprimir cambios significativos en las trayectorias económicas—, será difícil mirar con optimismo las perspectivas económicas mundiales, especialmente las del mundo en desarrollo. Sin embargo, efectuar cambios de este tipo, además de deseable, es viable si hay la voluntad política necesaria para realizarlos.

Una estrategia alternativa de crecimiento y desarrollo

Se ha convertido ya en un tópico decir que cualquier crisis constituye también una oportunidad para el cambio. No cabe duda de que cuando se desencadena una crisis financiera mundial y empeora la economía real en todos los países, es fácil fijarse únicamente en los aspectos negativos: pérdida de puestos de trabajo, quiebra de numerosas empresas, hundimiento del valor de los ahorros bancarios de los trabajadores e inseguridad general de las condiciones materiales de subsistencia; sin embargo, esta crisis mundial brinda una oportunidad inusitada desde hace muchos años a los ciudadanos del mundo y a sus dirigentes para reestructurar las relaciones económicas de un modo más democrático y sostenible.

Para ello hay varios requisitos previos. En primer lugar, debe reformarse el sistema financiero internacional, una propuesta que goza de amplio recono-

cimiento porque con el sistema vigente se han incumplido dos objetivos indispensables, a saber: evitar la inestabilidad y las crisis; y transferir recursos de las economías ricas a las pobres. La economía global, además de sufrir una volatilidad muy superior a la de épocas anteriores —que se manifiesta en una mayor propensión al desfondamiento financiero en todos los mercados emergentes y ahora en los países industrializados—, se basa en la financiación de los países pobres a los países ricos aun en los períodos de expansión económica. Este sistema ha alentado la adopción de políticas procíclicas en las economías nacionales; ha vuelto opacos e imposibles de gobernar los sistemas financieros nacionales; ha fomentado las burbujas financieras y el fervor especulativo en vez de la inversión productiva auténtica en aras del crecimiento económico; ha permitido la proliferación de «transacciones paralelas» en paraísos fiscales y la relajación de los controles fiscales internos; y ha ido en detrimento de la función crucial que desempeña la concesión de créditos con fines seleccionados. En vista de estos problemas, no hay otra alternativa que la reglamentación y la vigilancia sistemáticas de los mercados financieros por parte del Estado. Puesto que los agentes privados tratarán inevitablemente de burlar la ley, debe protegerse el núcleo del sistema financiero, es decir, el sector bancario. Este objetivo sólo puede alcanzarse mediante la «propiedad socializada» de los bancos; es indispensable algún grado de socialización de éstos, y no solamente de los riesgos inherentes a los movimientos financieros. Ello es importante también en los países en desarrollo porque posibilita que el Estado oriente la dirección de los créditos, un instrumento sin el cual ningún país ha logrado industrializarse. El caso del Brasil es un ejemplo emblemático de cómo puede lograrse este objetivo.

En segundo lugar, debe reconsiderarse la estrategia de crecimiento basada en exceso en las exportaciones que ha prevalecido en la mayoría de los países en desarrollo y en algunos países desarrollados (como, por ejemplo, en Alemania) durante las últimas décadas. Además de ser un cambio deseable, se ha convertido también en una necesidad, porque resulta evidente que, en un futuro próximo, los Estados Unidos no podrán seguir siendo ya el motor del crecimiento mundial mediante su demanda creciente de importaciones. Esto significa que los países que son socios comerciales de los Estados Unidos y de la Unión Europea —los que constituyen sus principales mercados y son fuentes clave de su demanda final— deberán tratar de orientar sus exportaciones hacia otros países y, por encima de todo, ajustar mejor sus economías a la demanda interna. Para ello deberán poner sus políticas al servicio de un crecimiento basado en los salarios y la demanda interna, sobre todo, los países cuyas economías gocen de mayor potencial. Esto puede lograrse tanto con estrategias de redistribución directa como con el fortalecimiento del gasto público encaminado a la prestación de bienes y servicios básicos.

En tercer lugar, como se deduce de lo dicho anteriormente, la hacienda pública y el gasto público deben volver a ocupar el lugar destacado que tenían. Es evidente que los estímulos del erario público se han convertido actualmente en un factor clave tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados para hacer frente a las repercusiones adversas de la crisis reciente en la economía real

e impedir que se deterioren más la actividad económica y el empleo. El gasto público es necesario para favorecer y promover la inversión a fin de gestionar mejor las consecuencias del cambio climático y fomentar el uso de tecnologías más respetuosas con el medio ambiente. Además, es crucial para impulsar los proyectos de desarrollo en los países del Sur y cumplir la promesa de implantar condiciones de vida mínimamente aceptables para todos sus habitantes. La política social, entendida como la responsabilidad de los poderes públicos de hacer realidad los derechos sociales y económicos de los ciudadanos, es deseable no sólo en cuanto tal, sino como instrumento para la promoción del desarrollo. De hecho, es cada vez más patente que las políticas sociales, aun cuando suelen considerarse simplemente como dispositivos en aras del bienestar social o redistributivos —por ejemplo, los planes de empleo, las transferencias en efectivo a colectivos determinados y medidas de protección social como las prestaciones por desempleo—, pueden convertirse en instrumentos macroeconómicos de primer nivel que sirvan de amortiguación automática contracíclica en épocas de recesión económica. La Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural de la India, por ejemplo, garantiza más días de empleo con arreglo al gasto invertido que ningún otro plan de empleo que se haya aplicado anteriormente en el país y ha sido, además, un mecanismo fundamental para inyectar capacidad adquisitiva en la economía rural deprimida y para paliar los efectos adversos del empeoramiento económico en la demanda efectiva de la población rural. De igual modo, es muy probable que el nuevo seguro sanitario de China, en virtud del cual el Gobierno cubre el 85 por ciento de los costos de la atención sanitaria, contribuya significativamente a liberar más renta disponible de las familias e impulsar así el consumo de éstas, favoreciendo la demanda interna a partir de este trimestre.

En cuarto lugar, hay que tratar responsablemente de atenuar las desigualdades económicas, tanto entre unos países y otros como en el seno de los países. Se han sobrepasado con creces los límites de lo que pasa por ser la desigualdad «aceptable» en la mayoría de las sociedades, y las medidas que se apliquen de ahora en adelante tendrán que dar un vuelco a esta tendencia. Debe reconocerse, tanto a escala mundial como nacional, la necesidad de reducir las desigualdades, no sólo por lo que se refiere a los ingresos y el bienestar social, sino, sobre todo, por cuanto atañe a la utilización de los recursos naturales. Se trata, a todas luces, de un factor clave para la estabilidad política y la cohesión social, aunque repercute también favorablemente en la economía, ya que una demanda interna basada en unos salarios robustos suele constituir una base más estable para el crecimiento económico que la demanda externa. A fin de dar viabilidad a los derechos de los trabajadores —tanto los de la economía formal como los de la informal— es necesario que las empresas pongan mucha atención en aumentar la productividad del trabajo, lo cual hace que el eje del cambio tecnológico se reparta por toda la economía; así, hay que procurar que aumente la productividad agregada del trabajo en el conjunto de la economía —no tanto en algunos ramos o enclaves concretos—, que disminuya el número de personas que realizan trabajos o labores no remunerados y que mejoren las condiciones sociolaborales de éstas.

Sin embargo, aun cuando se logre una mayor igualdad económica, el reto de poner coto al consumo insostenible presenta más dificultades de las que podrían imaginarse, porque los patrones de producción y consumo están ahora profundamente enraizados en los países más ricos y la población de los países en desarrollo aspira a alcanzarlos. Muchos millones de personas de estos países siguen teniendo un acceso escaso e insuficiente a las condiciones imprescindibles básicas para una vida decente en facetas tales como la sanidad, la nutrición, la educación y las infraestructuras materiales mínimas —aludimos a la electricidad, los transportes, la comunicación y el saneamiento—. Sin embargo, para garantizar universalmente estas condiciones será indispensable acrecentar el uso de recursos naturales por habitante y la producción industrial con emisiones de carbono. Así pues, para alcanzar tanto la sostenibilidad como la equidad será necesario reducir el abuso de los recursos por parte de los países ricos y desarrollados, pero también de las élites de los países en desarrollo. Por tanto, las políticas de redistribución fiscal y otras medidas económicas deberán orientarse específicamente hacia la reducción de las desigualdades en el consumo de los recursos naturales, tanto a escala mundial como nacional. Por ejemplo, el gasto público esencial invertido en desarrollo y prestaciones sociales podría financiarse con impuestos que gravasen el uso antieconómico de los recursos.

En quinto lugar, la puesta en práctica de estas medidas exige, en última instancia, el establecimiento de nuevos modelos de demanda y de producción. De ahí que la insistencia de los últimos tiempos en investigar sobre nuevos métodos de valorar el progreso, el bienestar y la calidad de vida verdaderos sea de crucial importancia. Los objetivos cuantitativos de crecimiento del PIB, que siguen dominando la mentalidad de los artífices de las políticas económicas, no simplemente desvían la atención de objetivos más importantes, sino que pueden ser contraproducentes. Un ejemplo de ello es que un sistema de transporte urbano privatizado caótico, contaminante y molesto en el que se producen aglomeraciones de vehículos privados y congestiones de la circulación genera más PIB que un sistema de transporte público a precios asequibles que reduce los embotellamientos y proporciona un ambiente agradable para vivir y trabajar. Así pues, no basta con hablar de tecnologías más limpias y respetuosas con el medio ambiente para producir mercancías destinadas al viejo y ya desacreditado modelo de consumo; sino que, por el contrario, debemos pensar creativamente acerca de los propios criterios de consumo y decidir cuáles son los bienes y servicios que consideramos más necesarios y deseables para nuestras sociedades.

En sexto lugar, es necesario también pensar la agricultura y el medio rural desde una perspectiva más amplia en la que se reconozca la función que pueden y deben desempeñar los poderes públicos en esta esfera. A pesar de que el sector agrícola constituye el medio de subsistencia básico de alrededor de la mitad de la fuerza de trabajo de los países en desarrollo, sufre una crisis dilatada que ha perdurado después del auge y el hundimiento de los precios de productos básicos en estas naciones. La crisis actual ha sido causada en gran medida por la adopción de políticas erróneas (aunque los cambios climáticos han influido también), lo que, en cierto modo, es positivo, porque significa que pueden subsanarse sus

efectos mediante políticas adecuadas que devuelvan a las actividades de investigación y divulgación agropecuarias, así como a la intervención pública, el papel que les corresponde en la gestión del agua, el suministro de insumos y la regulación del precio de las cosechas para hacer más viable y productiva la agricultura de los países en desarrollo.

En séptimo lugar, no puede esperarse que las fuerzas del mercado produzcan por sí mismas las transformaciones necesarias de los patrones de la demanda y las tecnologías productivas de las actividades no agrícolas, ya que el efecto de imitación y el poderío de la publicidad a escala internacional seguirán creando necesidades indeseables y modelos de consumo y producción insostenibles. Sin embargo, la actuación pública en los mercados no debe consistir en reacciones viscerales a unas circunstancias que cambian constantemente en breve plazo. Por el contrario, es absolutamente esencial la planificación, pero no la planificación pormenorizada que acabó con la reputación de los regímenes autoritarios, sino un pensamiento estratégico que prevea las necesidades y objetivos sociales del porvenir. Para ello habrá que recurrir a políticas fiscales y monetarias, y otras medidas públicas, que reorienten el consumo y la producción hacia dichos objetivos, que induzcan las transformaciones idóneas en las aspiraciones y las necesidades materiales que genera la sociedad y que reorganicen la actividad económica a fin de hacerla menos depredadora y más sostenible.

Esto es particularmente importante para la calidad de vida en las zonas urbanas, ya que las tasas de urbanización tan altas que registran los países en desarrollo harán que, incluso en muchos países que son predominantemente rurales en la actualidad, más de la mitad de su población viva en zonas urbanas dentro de dos décadas. No obstante, debido a que —sobre todo en el mundo en desarrollo— no pensamos aún en planes para el futuro para hacer que nuestras ciudades sean más agradables o, incluso, habitables para la mayoría de quienes viven en ellas, la tendencia actual consiste en promover urbes monstruosas en donde reinan los embotellamientos, la desigualdad y la inseguridad.

En octavo lugar, puesto que la participación del Estado en la economía se ha convertido ya en una necesidad insoslayable, hay que elaborar métodos y prácticas que hagan más democrática y responsable su actuación tanto a escala nacional como internacional. Se está dedicando una gran cantidad de dinero público —y seguirá dedicándose en el futuro— a planes de salvamento financiero y a la inyección de estímulos fiscales. El modo de realizar estos desembolsos tiene hondos consecuencias en la distribución de los recursos, en el acceso a los mismos y en las condiciones de vida de los contribuyentes normales y corrientes con cuyos impuestos se financian. Así pues, resulta esencial rehacer la arquitectura de la economía mundial para que su funcionamiento sea más democrático. Y es incluso más importante que los Estados de todo el mundo diseñen y ejecuten sus políticas económicas de un modo más transparente y más atento a las necesidades de la mayoría de sus ciudadanos.

Por último, necesitamos forjar un marco económico internacional que sustente todos estos objetivos, lo cual no se circunscribe al mero hecho de vigilar y regular los flujos de capital para que no hagan descarrilar ninguna de las estrate-

gias mencionadas. Los organismos mundiales que fijan las reglas del comercio, la inversión y la producción en el plano internacional deben prestarse también a reformas internas que les den una estructura y un carácter verdaderamente más democráticos, cuyo espíritu, propósitos y funcionamiento estén al servicio de los ciudadanos. La financiación del desarrollo y la conservación de los recursos mundiales deben convertirse en objetivos primordiales de los organismos económicos del planeta, lo cual lleva consigo que no pueden seguir sometidos a un modelo económico cada vez más desacreditado debido a su profundo desequilibrio.

Bibliografía citada

- BPI (Banco de Pagos Internacionales). 2009. *BIS Quarterly Review, December 2009: International banking and financial market developments*. Anexo estadístico, Basilea. Se encuentra en la página: <<http://www.bis.org/statistics/otcder/dt21c22a.pdf>> [consultada el 18 de abril de 2009].
- . 2008. *78th Annual Report: 1 April 2007–31 March 2008*. Basilea.
- Chandrasekhar, C. P., y Ghosh, Jayati. 2006. «Macroeconomic policy, inequality and poverty reduction in fast-growing India and China», en Giovanni Andrea Cornia (director): *Pro-poor macroeconomics: Potential and limitations*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, págs. 248-281.
- Chhibber, Ajay; Ghosh, Jayati, y Palanivel, Thangavel. 2009. *The global financial crisis and the Asia Pacific region: A synthesis study incorporating evidence from country case studies*. Colombo, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Noviembre.
- China (Gobierno de la República Popular de). 2009. *Statistical Yearbook*. Pekín.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación). 2010. *National food prices situation*. 25 de enero. Se encuentra en la página: <<http://www.fao.org/isfp/isfp-home/en/>> [consultada el 6 de marzo de 2010].
- . 2009. *Crop prices and food situation*. 4 de noviembre. Se encuentra en la página: <<http://www.fao.org/docrep/012/ak340e/ak340e00.htm>> [consultada el 12 de enero de 2010].
- Ghosh, Jayati. 2010. «The unnatural coupling: Food and global finance», *Journal of Agrarian Change*, vol. 10, núm. 1, págs. 72-86.
- . 2009. «Adjustment, recovery and growth after financial crisis: a consideration of five 'crisis' countries of East and Southeast Asia», en Ghosh y Chandrasekhar, págs. 56-68.
- , y Chandrasekhar, C. P. (directores). 2009. *After crisis: Adjustment, recovery and fragility in East Asia*. Nueva Delhi, Tulika Books.
- Green, Duncan; King, Richard, y Miller-Dawkins, May. 2010. *The global economic crisis and developing countries: Impact and response*. Informe de investigación de Oxfam. Londres, Oxfam International.
- IIEL (Instituto Internacional de Estudios Laborales). 2009. *Informe sobre el trabajo en el mundo 2009. Crisis mundial del empleo y perspectivas*. Ginebra.
- . 2008. *Informe sobre el trabajo en el mundo 2008. Desigualdades de renta en la era de la finanza global*. Ginebra.
- Kregel, Jan. 2010. *No going back: Why we cannot restore Glass-Steagall's segregation of banking and finance*. Documento presentado en la Conferencia IDEAs sobre la nueva reglamentación de las finanzas, celebrada en Muttukadu (India), del 25 al 27 de enero. Se encuentra en la página: <www.networkideas.org/featart/jan2010/fa21_Jan_Kregel.htm> [consultada el 7 de febrero de 2010].
- Naciones Unidas. 2010. *Rethinking poverty: Report on the world social situation 2010*. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. Nueva York.
- OIT. 2010. *Global Employment Trends, 2010*. Ginebra.

- Papadimitriou, Dmitri; Hansen, Greg, y Zezza, Gennaro. 2009. *Sustaining recovery: Medium term prospects and policies for the American economy*. Levy Economics of Bard College Institute Strategic Analysis, diciembre. Se encuentra en la dirección: <www.levy.org/pubs/sa_dec_09.pdf> [consultada el 7 de febrero de 2010].
- Patnaik, Prabhat. 2009. *A perspective on the growth process in India and China*. Documento de trabajo de IDEAs, núm. 05/2009. Se encuentra en la dirección: <www.networkideas.org/working/jun2009/05_2009.pdf> [consultada el 7 de febrero de 2010].
- Reinhart, Carmen M., y Rogoff, Kenneth S. 2008. *The aftermath of financial crises*. Documento elaborado para la reunión de la Asociación Americana de Economía celebrada en San Francisco (California) el 3 de enero de 2009. Se encuentra en la dirección: <www.econmics.harvard.edu/files/faculty/51_Aftermath.pdf> [consultada el 27 de noviembre de 2009].
- Stiglitz, Joseph. 2009. «Crisis mundial, protección social y empleo», *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 128, núm. 1-2, págs. 1-15.
- Third World Network. 2009. *The IMF's financial crisis loans: No change in conditionalities*. Penang, Malaysia. Se encuentra en la dirección: <www.twinside.org.sg/title2/par/IMF.Crisis.Loans-Overview.TWN.March.2009.doc> [consultada el 3 de febrero de 2010].
- UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo). 2009. *Trade and Development Report*. Ginebra.
- Wahl, Peter. 2009. *Food speculation: The main factor of the price bubble in 2008*. Berlín. Documento informativo del instituto de investigación World Economy, Ecology and Development. Se encuentra en la dirección: <http://www2.weed-online.org/uploads/weed_food_speculation.pdf> [consultada el 30 de abril de 2010].